

LIT. C. MONTAURIOL. MÉXICO.

IGLESIA DE LAS CAPUCHINAS  
EN LA VILLA DE GUADALUPE.

## CAPÍTULO TERCERO

La función religiosa en Guadalupe.—Antes de la partida.—La partida.—Durante el viaje.—Recepciones entusiastas.—La llegada á Paso del Norte.—¡Adios á la Patria!

No podremos hacer una descripción más exacta de la función religiosa celebrada el día 7 en la Iglesia de Santa María de Guadalupe, que la contenida en un alcance que publicó el día siguiente el ilustrado diario "El Tiempo." Héla pues aquí:

"La gran mayoría de los peregrinos llegó á la Capital en la noche del día 5. Sin tiempo para arreglar sus últimos negocios, que por lo regular suelen ser los más importantes, no pudieron todos aquellos asistir á la festividad celebrada en el templo de Capuchinas. No obstante, asistió un gran número y otro verdaderamente enorme de familias mexicanas. ¡Qué cuadro tan patético! Los que dejaban su hogar y su patria exponiéndose á las inevitables contingencias de un viaje, entraban allí mudos de emoción y se postraban silenciosos ante el altar de la Madre de los mexicanos, de la gran protectora que llevarán durante su prolongado viaje, de la divina estrella que guiará sus naves é inspirará á sus corazones el sentimiento y el recuerdo de la patria, más tierno y poderoso que nunca.

"Se celebraron muchas misas en las primeras horas de la mañana, por los sacerdotes que tomaron parte en la Romería. Durante ellas recibieron la sagrada Comunión incontables personas de todos sexos y edades. Reinaba un recogimiento solemne y grave, una imponente devoción, que hacía, si es posible, como más majestuosa la presencia de la Reina de los ángeles. El templo estaba espléndidamente iluminado. Las bancas revestidas de terciopelo rojo. Gruesos blandones sobre artísticos candeleros gigantes adornaban el presbiterio. Había dos asientos episcopales,

el del lado del Evangelio, para el Illmo. Señor Arzobispo, y el del lado de la Epístola, para el Illmo. cuanto virtuoso y modesto Obispo de Chilapa, Dr. Fray Buenaventura Portillo. A las nueve y cuarto de la mañana comenzó la misa solemne. El ilustrísimo Sr. Labastida vestido de gran capa roja, el Sr. Portillo con un traje de franciscano, color gris, con ribetes y botones rojos, el Vicario Capitular de la Diócesis de Puebla, Dr. D. Ramón Ibarra, Monseñor el Dr. D. Ambrosio Lara, tomaron sus respectivos asientos. En las dos bancas colocadas en medio del presbiterio, tuvimos el gusto de ver un detalle patético de la reunión. Tres niños seminaristas, vestidos con sus trajes talares, que constan de manto café con vivos rojos y beca azul, con un espléndido escudo bordado de oro y plata en el lado que cae sobre el corazón. Esos niños, son el uno de diez años, color apiñonado y pelo negro, hijo del Sr. D. Dionisio de la Maza, persona muy conocida y estimada en Puebla, y los otros dos niños, el uno de doce y el otro como de unos trece años, rubios y de simpática presencia, hijos del Sr. D. Martín Trischler, de origen alemán é igualmente vecino de Puebla. Estos niños van representando á los alumnos del Seminario de aquella ciudad, en el cual cursaban el primero y segundo año de latín.

“Al regresar los peregrinos, estos alumnos se quedarán en Roma, para hacer su carrera en el Colegio Pío-Americano. Presidía esta simpática delegación nuestro querido amigo el Sr. P. D. Simeón Ortega, catedrático de Filosofía y Teología en aquel Seminario. Vestía el mismo traje, con la diferencia de que la beca de los profesores seminaristas es de terciopelo azul oscuro con frecuentes y pequeñas presillas blancas al borde, la llevan cruzada por detrás y cerca de los dos extremos inferiores una O abultada.

“En la otra banca figuraban el Sr. Presbítero Icaza, representante de la Arquidiócesis de México, el Sr. P. D. Carlos María Rodríguez, ex-catedrático de filosofía y actualmente cura de Santa Ana Chiautémpan, y otros eclesiásticos que no recordamos. Después de cantado el Evangelio, el Illmo. Señor Arzobispo ocupó la cátedra sagrada. Pocas veces hemos oído desbordarse de los labios de nuestro sabio Pastor, un torrente de elocuencia como el que en su breve discurso derramó sobre nuestros corazones.

“Teniendo en cuenta las ocupaciones que aguardaban á los peregrinos, quiso ser lo más conciso posible. El Sr. Labastida estuvo singularmente feliz. Desde sus primeras palabras el auditorio se manifestó fuertemente emocionado. Era la voz del príncipe de la Iglesia mexicana, la del Pastor atribulado por una ilustre pero penosísima serie de combates, la voz



ILLMO. SR. ARZOBISPO DE MÉXICO  
DR. D. PELAGIO ANTONIO DE LABASTIDA  
Y DÁVALOS.

del padre de los mexicanos, que á nombre de la fe nacional, de los padres de familia, de la adhesión de los católicos compatriotas á la Santa Sede Apostólica, era pues, la última voz que de una manera solemne iban á oír nuestros hermanos en el suelo de la patria.

“Haremos, pues, un extracto de esa magnífica oración, extracto que tiene que aparecer pálido, fuera de las circunstancias del momento, de las situaciones que tan hábilmente supo aprovechar el ilustre orador.

“Texto.—*En todos tus caminos dirige tus pensamientos al Señor y Él dirigirá tus pasos.*

“Su señoría comenzó haciendo la historia de las peregrinaciones, entre las cuales las más famosas han sido las que se dirigieron á los Santos Lugares. Nuestro siglo presenta á su vez el espectáculo de las Romerías, pero con la notable diferencia de los medios para llevarlas á cabo. Los antiguos peregrinos eran verdaderos héroes: emprendían sus romerías á pie por caminos escabrosos y dilatados, en que sufrían todas las molestias de la intemperie y aun del desierto; hoy los caminos, merced á grandes progresos, son fáciles. En cambio la fe es la misma y el objeto no menos laudable. El sabio orador se lamenta en seguida, de que los enemigos de nuestra fe, critiquen estas romerías, que obedecen á un sentimiento de fe y de amor á Jesucristo, y que vienen á favorecer mucho las grandes y útiles empresas materiales. Con una irresistible lógica hizo notar la contradicción en que incurren los que pidiendo la protección y progreso de las obras materiales, se irritan y nos burlan cuando las protegemos.

“¿Por qué esas obras ó empresas han de servir para el mal, y por el contrario han de ser negadas para el bien?

“Su Señoría en un hermoso período describe los bienes que causará á los peregrinos, la presencia, enseñanza y bendición del Sumo Pontífice, á la vez que los consuelos que la presencia de aquellos derramará en su corazón en medio de las acerbas amarguras que lo atribulan. Combate luego la acusación envuelta en la palabra fanatismo, que se ha aplicado á los peregrinos. Y luego exclama: ¡Cuán cierto es que el ángel de las tinieblas quiere á todo trance hacer en este siglo el papel de ángel de la luz! Para combatir esos errores y quitar caretas á esos hipócritas que acusan á los peregrinos de retrógrados y timoratos, voy á citar algunos hechos elocuentes y á daros de paso algunas instrucciones como medios de hacer provechosa vuestra peregrinación. El Illmo. orador se vuelve á la sagrada imagen de Guadalupe, y con ternura realmente paternal y delicada elocuencia, le pide la luz y le ruega acompañe y proteja en su viaje á la peregrinación mexicana. Aquí concluyó el exordio.

“Comenzó la segunda parte de su oración, amplificando la idea de que al hombre actual es inherente el carácter de peregrino.

“Después de esta explicación del peregrino moral sobre la tierra, pasa á ocuparse directamente de la primera parte del asunto de su discurso, de los hechos á que poco ha se ha referido.

“Al efecto, dice: para que os llenéis de un santo orgullo como peregrinos, escuchad los nombres ilustres de los que os han precedido en esta piadosa y elevada empresa. Hace mención de grandes caudillos y figuras célebres en la historia, que han visitado los Santos Lugares, entre aquellos Alejandro el Grande, los Reyes de los Saxones, de los Ingleses, el Rey Hus y otros ilustres peregrinos. Ninguno de estos ha sido juzgado por la crítica de los sabios como timorato ó retrógrado, y que las peregrinaciones no son nuevas sino que se remontan á los primeros días cristianos.

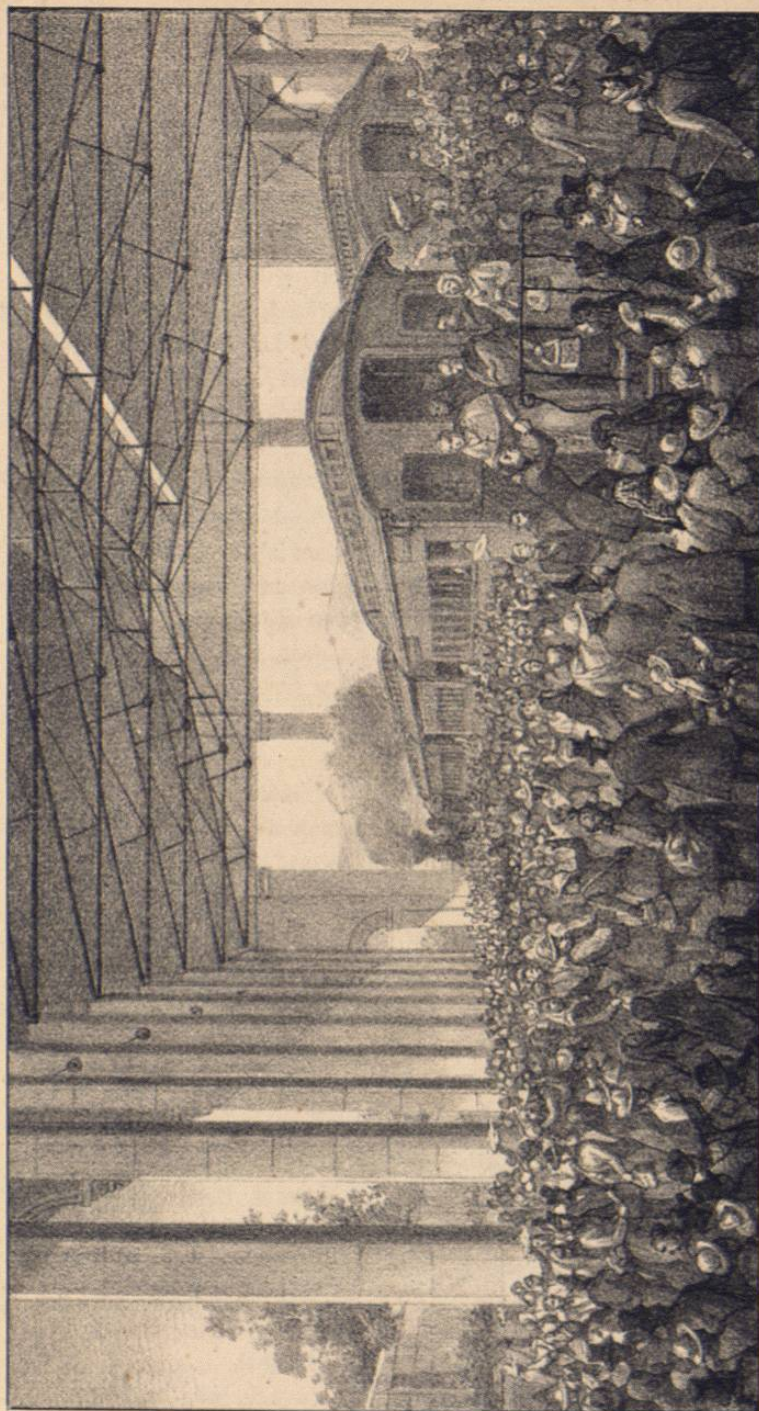
“Concluye la relación de los peregrinos con la del infinitamente más ilustre, con la del santo, el fuerte, el sabio y el mártir por excelencia, esto es, con la sublime peregrinación de Jesucristo á varios lugares.

“Pasa luego á la segunda parte de su asunto, á las disposiciones y observancias que deben guardar los peregrinos, especialmente en la Ciudad Santa.

“Principia haciendo relación de las molestias de su largo viaje, inevitables por escaparse ya á la previsión, ya á todo medio de combatirlas, tales como la diversidad de climas, de lenguas, etc., etc.; todas estas molestias serán vencidas por la paciencia, la piedad, el deseo de cumplir tan noble misión, por la urbanidad y demás virtudes y cualidades que deben distinguir al peregrino católico. Recomendó muy acentuadamente Su Señoría, que la conducta de los peregrinos en Roma, sea la de unos completos caballeros; encareció el carácter dulce y discreto, la constante ocupación, la ausencia de toda murmuración, las visitas á las Santas Basílicas, especialmente la de San Pedro, donde cada piedra está salpicada de las lágrimas de santos peregrinos.

“Hace una breve descripción de Roma. Es la Ciudad de los contrastes. Ahí veréis el Quirinal habitado por un rey usurpador y enfrente el Vaticano habitado por un rey ceñido de cadenas. Describe otros contrastes.

“Prosiguiendo el hilo de sus recomendaciones, interrumpidas por un momento, agrega: Al tener la dicha de estar en presencia del Padre Santo, os recomiendo la humildad, el recogimiento, el silencio, á la vez que la más cristiana confianza. Y concluye con una serie de sentidas frases, de palabras llenas de la más hermosa ternura y de las cuales pudimos



PARTIDA DE LA PEREGRINACION.

recojer las postreras. Pedidle gracias y bendiciones para vosotros, para vuestras familias, para la Iglesia mexicana y especialmente para el último de vuestros pastores que en espíritu os acompañará hasta la presencia del Vicario de Jesucristo.

"A las 10 de la mañana concluyó el conmovedor discurso de S. S. Illma.

"Terminada la misa, el Sr. Arzobispo dió la solemne bendición papal.

"Por último el presidente impartió á los peregrinos la bendición llamada de Nuestro Amo, y que consiste en hacer sobre los fieles la señal de la Cruz con la custodia en que se halla la sagrada Forma.

"Inmediatamente los peregrinos regresaron á México, donde en pocas horas tenían que hacer sus últimas disposiciones de viaje."

Con tan solemne acto religioso se inauguró la Peregrinación á Roma; y no podía comenzar bajo mejores auspicios. La Virgen mexicana, la protectora especial de México, iba á ser la guía de los peregrinos; bajo su amparo y protección emprendían la marcha: la excelsa Patrona de los mexicanos iba á serlo de los peregrinos. Ya podían éstos caminar tranquilos y confiados en que bajo tal patrocinio su viaje sería feliz, y nada debían temer de los hombres ni de los elementos.

Traslademos ahora al lector á la Estación del Ferrocarril Central Mexicano. Se acerca la hora de la partida.

Henchida se halla de gente la Estación del expresado ferrocarril en Buenavista. A centenares llegan los coches y de ellos descenden á millares los pobladores de la gran ciudad que vienen á presenciar la salida de los romeros. Estos con dificultad penetran atravesando por enmedio de aquel inmenso concurso y llegan con trabajo á los andenes del paradero. Allí los aguarda un soberbio tren compuesto de trece carros, de los cuales tres son dormitorios Pullman, uno palacio, un wagón cocina, uno de equipajes y los restantes de primera clase del sistema llamado "carro turista." En el exterior van adornados los coches con anchas bandas de lienzo blanco en el cual con grandes caracteres se halla escrito el siguiente letrero:

*Mexican Central Railway.*

EXCURSION FROM CITY OF MEXICO TO CITY OF ROME.

La Comisión organizadora y los empleados principales de la Estación se multiplican ofreciendo y prestando sus servicios á los excursionistas para facilitar su instalación: peregrinos, empleados y comisionados van y vienen en diversas direcciones, suben y bajan de los coches; aquellos se saludan, se despiden; éstos dan órdenes y las ejecutan; la Comisión atiende á todo con afanosa solicitud.

Media hora después, una doble hilera de gendarmes colocada en lugar conveniente para impedir la entrada en los andenes, no puede contener á la multitud que trata de romper aquella barrera; un comisionado habla con el jefe, y millones de personas se precipitan sobre los andenes cubriéndolos instantáneamente, y extendiéndose en una larga faja hasta más allá de quinientos metros. Este era el momento solemne y conmovedor. El tren estaba próximo á partir. Los romeros descendían de los coches, unos; otros se asomaban á las ventanillas. Allí eran las encomiendas, las tiernas frases de despedida, los encargos de última hora. La prensa católica del país representada por sus más ilustres miembros, hacía sus recomendaciones á las personas más ilustradas de la expedición. Las familias más distinguidas de la capital en animados grupos rodeaban al padre, al hermano, ó al amigo que iba á alejarse del hogar. Los sacerdotes, consolaban á sus hijos de penitencia que lamentaban su separación, y los recomendaban al cuidado de algunos de los compañeros que presentes estaban. Los hombres descreídos contemplaban aquel cuadro con asombro; los fieles católicos veían conmovidos aquella gran manifestación de simpatía por sus hermanos los romeros, cuya suerte envidiaban; éstos se enternecían viéndose objeto del interés general y miraban con agrado y satisfacción á la muchedumbre que los cercaba.

Llegó por fin el instante de la partida. La locomotora lanzó el agudo y prolongado silbido de despedida. Condensaba un grito de alegría á la vez que de tristeza de los que se ausentaban de las personas más queridas para ejecutar sus laudables propósitos. La multitud, obedeciendo á la indicación de los gendarmes, se apartó de los coches: los que no habían

subido corrieron á tomar sus respectivos asientos. Otro silbido, precedido de un imponente toque de campana, y el tren partió. Todas las cabezas se descubrieron; los pañuelos se agitaban; cruzáronse tiernas miradas entre los que se iban y los que se quedaban. El inmenso tren fué rodando lentamente por espacio de más de cinco minutos delante de la apretada faja de concurrentes que se extendía hasta fuera del cercado de la Estación.

Inmediatamente que el tren se puso en movimiento, el ilustrísimo Sr. Obispo de Chilapa, Presidente de la excursión, se arrodilló, y acompañado de las personas que iban en el mismo coche rezó devotamente el *Te Deum* en acción de gracias al Señor por el beneficio de haber comenzado á realizarse la Peregrinación. En los otros coches se hicieron iguales ó semejantes demostraciones de piedad. El contento y la satisfacción más completa se reflejaban en todos los semblantes. Alegre conversación en los diversos grupos que se formaban en el interior de los coches, animaba aquella reunión de hermanos que se habían juntado para realizar la obra más importante de piedad que se haya llevado á cabo en nuestra República.

Los individuos de la Comisión organizadora recorrieron los coches presentándose individualmente y ofreciendo sus servicios á cada uno de los peregrinos. Las más afectuosas manifestaciones se cruzaron entre aquellos señores y los romeros, quienes desde ese momento quedaban estrechamente ligados con el Centro organizador á cuyos afanes y solicitud se debía la realización de la obra.

Una idea desconsoladora preocupó á la generalidad de los peregrinos. El Lic. D. J. J. Valdez Caraveo, vecino de Puebla, uno de los más celosos propagandistas de la Peregrinación, y uno de los que más trabajó en organizarla, acababa de separarse de sus hermanos en Huehuetoca. Las atenciones de su profesión de abogado no le habían permitido formar en la Romería y se apartó de ésta en el punto mencionado, no sin llevar los ojos humedecidos en lágrimas y el corazón traspasado de dolor. Los peregrinos y señaladamente los in-